

# Perradas

*Fito Celis*

**Sin**  
**Palabras.**  
EDITORIAL.

*Los hombres roban, mienten,  
como animal de presa olfatean, devoran  
y disputan a otro la carroña*  
—Rosario Castellanos

*El cuento es el género más apto  
para escribir perradas*  
—Mercedes Abad

## Cuerpos que son como puñales

Esta historia te ocurre en el último verano de gloria del Betamax. Ella se llama Catherine Tramell. Rubia platino remamacita. Un amor, el primer amor. Tú, que para los efectos de este relato eres tú, eres apenas un adolescente hipersexuado. El acné, las hormonas, la ignorancia. Lo poco que sabes del cuerpo humano, por no decir del cuerpo femenino, lo aprendiste en clase de biología, pero no es suficiente. Demasiado aséptico, mecánico, descafeinado. Alguna vez espíaste una revista *Sueca* que Román Pulido llevó a clase, pero la vista fue rápida y el contenido te pareció tan bizarro —los cuerpos en exceso voluptuosos, las vergas hiperbólicas— que aquello más parecía un catálogo de monstruosidades fisiológicas que actos plenos de humanidad y sentido. La ignorancia te martiriza. Después te la jalarás con frecuencia en el baño, pero hasta jalársela conlleva un aprendizaje. Al principio, no sabes, nadie te dijo, en ninguna parte lo leíste. Escuchas hablar sobre hacerse la paja, pero cómo se hace una paja. Su sentido concreto se te escapa. Sabes que es una metáfora y siempre has odiado las metáforas porque sufres de literalidad. Décadas después te diagnosticarán síndrome de Asperger, pero el síndrome todavía no es popular, menos en el moridero donde vives. Solo piensas que eres así y ser así es lo que es y ya está. La cuestión es dar con la técnica de la masturbación. No hallas un manual para ello, nadie a quien preguntarle en confianza un tema que te llena de vergüenza, ningún hágalo usted mismo. ¿Cómo será? *Mecánica Popular*, una revista pensada para hombres,

ni siquiera lo menciona. Su interés son los vehículos, el bricolaje, la tecnología. ¿Qué creen? ¿Que naciste aprendido? ¿Que prefieres saber cómo funciona un motor de combustión interna antes que apagar el incendio de tus hormonas? La paja sigue siendo un misterio tan grande como el del Triángulo de las Bermudas, del que, incluso, tienes más información gracias a que leíste un popular libro de Charles Berlitz. La duda la resuelves un día que ves en recreo a Román Pulido hacer con la mano el gesto de arriba, abajo, arriba, abajo, mientras cuenta un chiste sobre las hijas de un tal Doctor Muñeca. ¡Eureka!, piensas. Así debe ser y así es como lo pruebas y el placer es estupefaciente. La primera paja es la primera. Una muerte chiquita, una vaina inolvidable. Y luego repites y repites y te conviertes en un jerbo de Shaw. La referencia a los jerbos la lees en una revista *Muy Interesante*. Dice que son roedores del desierto capaces de copular más de cien veces en una hora. La cifra te asombra y te gusta asombrarte y que te asombren los datos extraños, las palabras raras, las historias increíbles. En parte por eso lees. Pero ya está bien de pajas y asombros pueriles, quieres otra cosa, probar unos labios, el sabor de una mujer. La curiosidad te roe como un jerbo. No eres el único virgen a los catorce. Es un mal generacional del que no se habla. Más bien, se habla, mucho sí, aunque sabes que tanta conversa tonta cae en el terreno del invento, la cháchara esquinera, la pornoficción. En el río, en la calle, en los recreos, tus amigos se hacen los más cancheros, solo para ocultar su ignorancia, su inexperiencia. Cuentan historias fantásticas de polvos fantásticos con chicas fantásticas. ¡Mentiiiiira! Sabes que mienten con todos los dientes. Ninguno sabe ni ha visto ni ha probado sexo verdadero. Hay zoofilia al piso, pero nadie

presume de mamarse a una burra. La televisión es morronga, demasiados programas familiares, demasiadas disoluciones a negro hasta el día siguiente cada que una pareja se mete a la cama. Román Pulido, que parece ser una autoridad legítima en los demonios de la carne, cuenta que una vez vio en la tele a la Niña Mencha martillarse con Amparo Grisales en *Los pecados de Inés de Hinojosa*, ¡qué delirio!, pero cuando repiten la serie trasnochas muchos sábados en su espera y nunca emiten esa parte. Piensas que la escena es una leyenda urbana, que nunca pasó, un protoefecto Mandela. El betamax, en cambio, es el signo de los nuevos tiempos. ¡La libertad, hermano! ¡Salve ingenieros de Sony por esta octava maravilla del mundo! Son caros y extraños, pero en la casa de Casiloco tienen uno y da la casualidad de que el chico es tu amigo. Sus padres están de tour por La Guajira. El Grupito le convence para una tarde de cine al rojo vivo. El Grupito es tu grupito: Fabián, Jota Erre, Joffre, Tyson y tú. El profe Nilson Muegues los apoda así desde que le reventaron un paraco de avispas en el salón y no le dejaron dar una aburridísima clase de apicultura que a nadie importaba. ¿Apicultura con avispas?, ¡qué idiota! El Grupito, se sabe, parcha junto, mide calles, es una galladita de pollos pelecós. No sabes cuál de ellos consiguió el videocasete, pero esperas que sea la película prometida, la que recomendaste, de la que leíste críticas sensacionalistas en *El Heraldó*. Una escandalosa, con muchos culos y tetas, como debe ser. No exiges más, tampoco aceptarás menos. Solo eso, todos los culos y las tetas que puedan caber en una historia de hora y media. Bajos instintos, anuncia Jota Erre. Lee la tapa: Del mismo director de *Robocop* y *Vengador del futuro*. Tyson dice que esas eran buenas, pero que no tenían culos ni tetas, sí recuerda

que echaban harta bala y hace un tarratata con una metralleta imaginaria. Dice que en una hasta salía el Chuachene-guer ese, no sabe en cuál. ¿O era en *Terminator*? Con los otros te ríes de su dicción. Sabes que lo pronuncia mal, pero ni siquiera intentas corregirle. Schwarzenegger es demasiada palabreja indomeñable para tu lengua de trapo. Demasiada potencia para una sola batería, piensas, más bien recuerdas el eslogan de un cartel publicitario de pilas alcalinas que viste en una revista, en *Vea* o quizá en *Tv y Novelas*. En el cartel, una rubia en babydoll fuma un cigarrillo en la cama junto a un morenazo adormecido y con el torso desnudo. No captas la metáfora sexual. ¡Maldita literalidad! Piensas que en esa imagen hay algo que no cuadra, que ese debería ser el cartel para una publicidad de cigarrillos o sábanas o colchones o detergentes, no de pilas. Ahí hay gato encerrado, como dice la publicidad de pilas Eveready, piensas. A lo mejor también propusiste la película equivocada. *Bajos instintos* suena a documental de *Naturalia*, programa presentado por Gloria Valencia de Castaño. Pensar en doña Gloria Valencia de Castaño te mata cualquier atisbo de arrechera. Sientes que un halo de decepción recorre la sala, como que la energía pasa de castaño a oscuro. Te gustan las asociaciones de palabras, las aliteraciones, los calambures. Calambureas que da gusto. Estás en el sofá, entre Joffre y Fabián, y piensas en qué significa sacar las castañas del fuego. Miras el reloj de pared, cinco de la tarde. Casiloco le quita el casete a Tyson y lee: Un brutal asesinato. Un brillante asesino. Un hombre que no puede resistir el peligro. Bacano, dice Fabián, el más pipiolo. ¡Pobrecito! No sabe, tú tampoco, la bomba erótica que verá. Trinitrotolueno para tu pobre humanidad novata y hormonada. ¡Alá bendiga a Paul Verhoeven! Todos en sus

puestos, que nos fuimos, dice Casiloco. Hunde la tecla del betamax que dice Play. Corre la cinta que hace un zumbido de fondo, equiparable al rumor del ventilador del techo. Sonido de trompetas, caballo blanco alado, logo de TriStar Pictures. Logo de Carolco sobre fondo negro. Carolco, casi como Casiloco, debe ser una señal. Música de suspense firmada por Jerry Goldsmith. En la primera secuencia tu temperatura se dispara unos dos grados. ¡Qué agrado! La escena es acalorada y escalofriante. La cámara en picado registra a una pareja que fornicia salvajemente. Fornicar, supones, es la palabra correcta. La aprendiste en la lista de los diez mandamientos. No fornicar ni cometer actos impuros. No decir culear, pichar, ni otras gamberradas similares. Esta fornicación está bastante impura, pero qué rico. La cámara baja y enfoca la espalda serpentina de la mujer, su culo redondo, renacentista. Casiloco le sube el volumen al televisor. Ruegas que el ruido no se escuche desde la calle, que nadie interrumpa. A ella no le ves la cara entre ese matorral de pelo mono, monito. Las tetas, qué tetas, santísimo sacramento del altar. Cabalga sobre un tipo al borde del orgasmo. Le mete los dedos a la boca. La pareja hace ruidos guturales, animales, simiescos. El chasquido de sus lenguas te relame, los gemidos te acarician debajo de la ropa. Ella ondula arriba, una amazona desbocada. ¡Joder! Más, un poco más, qué ritmo, que no pare, que se dispare. Toma un pañuelo de seda blanca y amarra al tipo a los barrotes de la cama. No deja de moverse. Se diría que danza encima del hombre, que lo domina a placer, meneando el volumen de su pelo al compás de una música incidental *in crescendo*. Sientes el calorcito adentro. La ebullición de tus células, las primeras perlas de sudor. Ella acelera a fondo, sus caderas convulsio-

nan, cae hacia atrás, la cámara se va con su mano que agarrar un picahielos, levanta el picahielos, ¿qué hace?, tus ojos se exorbitan, es eso, un grito portentoso y le ensarta el picahielos al hombre en la yugular, en la cara, en el pecho, en un éxtasis de furia y gozo, no una, ni dos, ni tres veces. Hay sangre que chisporrotea, lo está matando. Gritos desgarrados, lo mató... Fundido a negro. ¡Guau!, dices, tragas saliva. Créditos iniciales. El corazón te va más rápido. Te tocas el pecho e intentas apaciguarte, tranquilo, corazón, no seas caballo, estás a salvo. Aprietas los ojos, tomas aire. ¡Veererga!, dice Jota Erre desde la mecedora. Esto va a estar bueno. Fabián todavía tiene la boca abierta, los ojos estáticos. Joffre le empuja la barbilla hacia arriba y se ríe. ¡Qué nota!, dice Casiloco. Detiene la película. Hay Coca-Cola en la nevera, ¿alguien quiere?, pregunta. No, respondes al tiempo con los otros. Súrtale al play, reclama Jota Erre. La historia continúa. Exterior día. Sonido de ambulancias lejanas. A la escena del crimen, sellada con cintas de seguridad, llega Nick Curran, el detective protagonista, a bordo de un Spyker C8 Laviolette, con otro policía, Moran, ambos enfundados en trajes grises idénticos. Suben al tercer piso. Nick le dice al compañero que el muerto es un viejo rockero ya olvidado. Aspiras hondo. Respiras. Hay una multitud de agentes en la habitación. Uno de ellos enseña el picahielos sanguinolento metido en una bolsa hermética. El cadáver es un despojo de carne lacerada, cocaína y semen. Te asqueas. Vas calmándote. Te calmas. Te ha pasado el primer subidón. Te concentras en el *casus criminalis*. Después ocurre lo de rigor, los investigadores siguen las primeras pistas. Aparece un nombre: Catherine Tramell. Es la principal sospechosa. No sabes todavía que nunca olvidarás ese nombre. La mujer vive en

una mansión azul de columnas griegas. Allá van los dos detectives que, de entrada, se confunden e interrogan a otra mujer llamada Roxy. Roxy se presenta como la amiga de Catherine. Hace énfasis en la palabra amiga. Los direcciona a una casa junto a la playa. Curran y Moran van tras la pista. Encuentran a la Tramell sospechosa recostada en un sillón frente al mar. Es la primera vez que la ven y que la ves. Fuma un cigarrillo, sonrío con sorna. Lo dicho, rubia platino de ojos azules, remamacita. Es hermosa, piensas, preciosa, mujer divina, cómo fascinas. Nick también lo piensa, se le nota. Nick le pregunta desde cuándo salía con el occiso. Yo no salía con él, follaba con él, dice Catherine irradiando seguridad. Nota mental, usar el verbo follar, del latín *follis*, fuelle, instrumento para avivar el fuego. Esto se empieza a poner caliente otra vez. Le hacen más preguntas, ella responde entre segura y burlona sin comprometerse. No quiere hablar más. Les pide que se marchen de su casa. Sin una orden de captura, los polis se retiran apaleados. Uno a cero, ventaja para la Tramell. Tomas paisajísticas. ¡Es San Francisco!, dices. ¿Cómo lo sabes?, te pregunta Fabián. Por el puente. El Golden Gate. Al frente queda la isla de Alcatraz, donde estaba la prisión más segura del mundo. Nadie se escapó de ahí jamás. Lo leí en un reportaje de *El Heraldo*, aclaras. Eres ese tipo de personaje, el nerdo. Tienes la cabeza llena de datos que te sirven para pasar por inteligente, pero que en la puta vida te servirán para mojar la yuca. Siguiente secuencia. Nick entra a la oficina de su psicóloga, Elisabeth Garner, pelinegra, apenas bonita si la comparas con la diosa Tramell. Ahí te enteras de que Nick está siendo investigado por Asuntos Internos. Tiene problemas con el alcohol y la cocaína. Está obligado a llevar terapia. Se ha enrollado con

la psicóloga. Ella le pregunta: ¿Cómo va tu vida sexual? La verdad es que mi vida sexual es asquerosa desde que dejé de verte, responde Nick. Levanta la mano, abre los dedos y concluye: Me han salido callos. No entiendes el doble sentido de entrada. Un pajero, este man es un pajero, dice Joffre. Ahí lo cachas, te identificas, no está tan mal matarte a pajazos si el protagonista de una película, agente de la ley para más señas, lo reconoce tan abiertamente. Por lo demás, tú no tienes sus problemas. El alcohol si acaso lo has probado, pero a sorbitos. No te gusta su sabor amargo. Prefieres las cosas dulces, el vino Cariñoso de manzana que te dan en fiestas de cumpleaños y que ni siquiera es vino sino un aperitivo, las gaseosas, las chocolatinas, los Sparkies. La cocaína no la conocerás en una década. Hablan de ella en los noticieros, siempre asociada al mundo de los carteles. Sabes que vives en un país que la exporta y crees que es un polvo asesino por el que la gente mata y se hace matar. Piensas en la semántica de echar un polvo, de morirse en un polvo o por un exceso de polvo. Y vida sexual lo que se dice sexual no tienes ni tendrás en muchos años. Miras el reloj en la pared. Han pasado quince minutos. Vuelves al televisor. Hay convención de policías, hablan de las pistas, de la víctima, de la sospechosa. Te enteras de que Catherine Tramell tiene treinta años, un capital de más de cien millones de dólares, es graduada con honores de la Universidad de Berkeley, con doble titulación en literatura y psicología, y ha escrito una novela donde narra un caso similar al caso investigado. Se enfrentan a una mente retorcida y diabólica, advierte un experto en psicopatologías, alguien muy peligroso y muy enfermo. ¡Me encanta esta hembra!, dice Casiloco, aprieta los puños y da un golpe en el aire. Un cerebritito maquiavélico,

piensas. Es preciosa, es rica, es brillante: ¡es perfecta! Ahora sabes otra cosa, lo acabas de decidir, estudiarás literatura, tal vez psicología. Escribirás libros, tal vez escribas de ella. Nick y Moran vuelven a la casa de la playa a buscarla. Catherine los recibe. Le informan que deben llevarla a la oficina para interrogarla. Ella les pide que esperen mientras se cambia la ropa. Nick la sigue con la mirada. La ve desnuda de espaldas apenas un segundo mientras se enfunda en un vestido blanco. La visión le aturde, como si no estuviera preparado, extravía la mirada. Tú tampoco lo viste venir, pero sabes que viene lo bueno, lo intuyes. Ahora viajan los tres en un auto de camino a la ciudad. Catherine tienta a Nick con un cigarrillo. Él dice que ya no fuma. Ella dice que volverá a caer. Ya sabes por dónde vienen los tiros. Esto es un desafío, un combate de poder a poder. La mujer, segura de su posición, confronta al macho líder de la tribu. Le busca el lado flaco, explota sus inseguridades. Moran introduce el tema de la literatura. Ella dice que escribir es mentir. La técnica es contar historias falsas con tanto detalle que parezcan ciertas. Suspensión de la incredulidad le llaman, concluye. Tomas otra nota mental. Suspensión de la incredulidad, ¿eh? Algún día, cuando escribas, dirás eso mismo. Lo pondrás en un cuento. Nick pregunta por la trama de la nueva novela. Trata sobre un inspector. Se enamora de la chica mala. ¿Y qué ocurre? Ella lo mata. Entiendes que ahí está planteado el tema de la película, su profecía. No hay vuelta de hoja. Catherine es la chica mala, obvio sí, pero si fueras Nick te enamorarías de ella hasta las cachas. ¡Se arreglan ollas de presión, licuadoras, estufas!, anuncia un pregón desde la calle. Miras a Casiloco, te sonríe. Sonríes tontamente. Vuelves. Los detectives ahora conducen a Catherine

a una sala de interrogatorios de la Policía. Viste de blanco impecable, vestido corto, chaqueta. El cabello recogido en un moño atrás, como una heroína de Hitchcock. Esto no lo piensas ahí, lo pensarás después, cuando veas *Vértigo*, que también transcurre en San Francisco. Estás ante la mujer más deliciosamente filmada que han visto tus ojos. Una diosa, piensas en Afrodita. Si te dieran una manzana, sería para ella y que ardiera Troya como ardes tú. Es tu heroína de heroínas. Heroína como la droga, asocias. Sientes que la cámara la ama. Tú caíste rendido hace rato. ¡Qué mujerón!, suspira Joffre. Cállate que no me dejas ver, le reprocha Casiloco. Sientes el estertor de una mosca en una tela de araña. Si esto es el pecado, qué pecado tan delicioso. Tienes el tacto en la punta de los ojos, en los tímpanos que te secretan esa voz. La música te sacude a descargas de violín. Cinco hombres la interrogan con el argumento ya sabido de que ha escrito una novela donde una mujer mata a un viejo rockero con idéntico *modus operandi*. Ella contraargumenta con la misma baza. Tendría que ser muy estúpida para escribir un crimen y luego ejecutarlo a como lo escribí, dice. Los polis no la creen. Tú sí la crees. ¿Cómo no la vas a creer? Es brillante, es peligrosa. Los polis, como una manada de hienas frente a una leona, tratan de acorralarla. Ella da largas bocanadas a un cigarrillo. Se diría que se los fuma. Aspira lento, el fuego reverbera como insuflado por un fuelle, *follis*, follar. Te quema el aliento. Expira el humo, fuma, te esfummas. Te deja sin aire, como una vejiga espichada, te aligeras los pulmones. Juego del gato y el ratón, del ratón y el queso. Ella se ve segura, tranquila, confiada. Ellos contraatacan. Son las hienas que Gloria Valencia de Castaño presenta cada tanto en *Naturalia*. Le inquietan sobre su vida sexual en un